

Manuela Mesa (coord.)

Seguridad internacional y democracia: guerras, militarización y fronteras

Anuario 2016-2017

baiz



ceipaz

Libro Amigo de los Bosques
GREENPEACE

El papel de este libro es 100% reciclado, es decir, procede de la recuperación y el reciclaje del papel ya utilizado.

La fabricación y utilización de papel reciclado supone

el ahorro de energía, agua y madera, y una menor emisión de sustancias contaminantes a los ríos y la atmósfera. De manera especial, la utilización de papel reciclado evita la tala de árboles para producir papel.

Seguridad internacional y democracia:
guerras, militarización y fronteras.
Anuario CEIPAZ 2016-2017

Federico Mayor Zaragoza, José Antonio Sanahuja, Mark Ackerman,
Manuela Mesa, Francisco Javier Verdes-Montenegro, Caterina García,
Josep Ibáñez, Rosa Meneses, Ignacio Álvarez-Ossorio, Marc Saurina,
Xulio Ríos

© Federico Mayor Zaragoza, José Antonio Sanahuja, Mark Ackerman, Manuela Mesa,
Francisco Javier Verdes-Montenegro, Caterina García, Josep Ibáñez, Rosa Meneses,
Ignacio Álvarez-Ossorio, Marc Saurina, Xulio Ríos

De esta edición:

© CEIPAZ

Fundación Cultura de Paz
Ciudad Universitaria Cantoblanco
Pabellón C

Calle Einstein, 13. Bajo
28049 Madrid

Tel. 91497.37.01

info@ceipaz.org

[http:// ceipaz.blogspot.com](http://ceipaz.blogspot.com)

Edición de textos: CEIPAZ

Diseño: Alce Comunicación

Impresión: Perfil Gráfico

5ª edición: Mayo 2017

ISSN: 2174-3665

Depósito legal: M-16885-12

Sumario

Introducción <i>Manuela Mesa</i>	9
---	---

Tendencias internacionales

La ética del tiempo ante los retos globales <i>Federico Mayor Zaragoza</i>	19
Posglobalización y ascenso de la extrema derecha: crisis de hegemonía y riesgos sistémicos <i>José Antonio Sanahuja</i>	41
Guerras de frontera. Los fabricantes y vendedores de armas que se benefician de la tragedia de los refugiados en Europa <i>Mark Akkerman</i>	79
El tráfico de personas en el Triángulo Norte en Centroamérica: un negocio muy lucrativo <i>Manuela Mesa</i>	109
Los presupuestos militares en tiempos de crisis: el caso de España <i>Francisco Javier Verdes-Montenegro</i>	129

Perspectivas regionales

Populismo y nacionalismo: la política exterior estadounidense de la Administración Trump. Balance de 100 días de gobierno <i>Caterina García y Josep Ibáñez</i>	149
Seguridad en el Mediterráneo. Focos de tensión: terrorismo, guerra y crisis de refugiados <i>Rosa Meneses</i>	167
El impacto regional del conflicto sirio en Oriente Medio <i>Ignacio Álvarez Ossorio</i>	179
Turquía en el contexto actual: los desafíos para la democracia y su papel en la región <i>Marc Saurina</i>	197
China en sus relaciones con Estados Unidos <i>Xulio Ríos</i>	215

Relación de autores y autoras	233
-------------------------------------	-----

China y EEUU en la era Trump

Xulio Ríos

Director del Observatorio de Política China



¿Nuevo tipo de relación entre grandes potencias, nueva modalidad de guerra fría o incluso inevitable choque abierto? Tal parece ser la disyuntiva en que se encuentran las relaciones sino-estadounidenses tras la llegada de Donald Trump a la presidencia de EEUU.

China acogió con aparente calma la elección de Donald Trump. A fin de cuentas, venía a ilustrar las “taras” de la democracia estadounidense (una farsa electoral dominada por la política del dinero, como acostumbran a señalar los medios oficiales chinos). Por otra parte, en algún momento dio la impresión incluso de una cierta preferencia no del todo explicitada frente al tropismo anti-chino exhibido por la candidata demócrata Hillary Clinton. No olvidemos que fue ella, al frente de la Secretaría de Estado, la principal artífice de la estrategia de contención de China mediante el *Pivot to Asia* y el establecimiento de renovadas alianzas con los países de la región. Durante la campaña electoral, Trump no ahorró críticas a China, especialmente en el orden económico, pero

China está a punto de igualarse con EEUU y el entendimiento de otrora se ha ido transformando poco a poco en rivalidad

Beijing llegó a considerarlas “normales”. Otra cosa no se podía esperar de una campaña electoral en EEUU. Nada, en suma, parecía salirse del guión previsible y todo podría ser objeto de negociación.

Tras la elección, antes de los primeros contactos políticos relevantes, grandes empresarios chinos se reunieron con Trump y su entorno. Fue el caso de Wu Xiaohui, de Anbang Insurance Group Co., o de Jack Ma, de Alibaba Group, quien prometió crear un millón de empleos en EEUU en los próximos cinco años. La comitiva formó parte del tanteo acerca de la evolución de las relaciones. Trump envió el 8 de febrero una misiva al presidente chino Xi Jinping en un inusual tono diplomático y más tarde mantuvieron su primera conversación telefónica. Fue entonces cuando Trump accedió a reconsiderar sus palabras a propósito de Taiwán tras el gran revuelo provocado por el eco de su contacto telefónico con la presidenta taiwanesa Tsai Ing-wen, una conversación que Taipéi siempre quiso mantener en el estricto ámbito privado.

Los principales puntos de crispación enumerados por Donald Trump señalan tópicos como los diversos déficits de las relaciones comerciales, el Mar de China meridional o la cuestión coreana. En Beijing se descalificaron estas críticas, interpretadas al hilo de que en Washington produce pavor la idea de su declive y el temor a ser relegados en la condición de primera potencia mundial a favor de una China imparable.

En la conversación telefónica Trump-Xi, el primero manifestó su intención de ampliar la cooperación y desarrollar una relación constructiva que pueda beneficiar tanto a ambas partes como a la comunidad internacional. El ministro de exteriores chino Wang Yi se reunió con su homólogo estadounidense Rex Tillerson en Múnich. A finales del mismo mes, el consejero de Estado Yang Jiechi viajó a EEUU para deshacer malentendidos y allanar el camino a una cumbre bilateral reuniéndose con la plana mayor del equipo presidencial: el vicepresidente Mike Pence y varios asesores (Jared Kushner, Steve Bannon, Raymond McMaster), lo que permitió a China expresar cierta confianza en el encauzamiento de las diferencias. Wang Yi habló de señales positivas pero las sospechas sobre severas rivalidades estratégicas no se han disipado.

Durante los ocho años de mandato del ex presidente Barack Obama, los lazos China-EEUU experimentaron tanto progresos como altibajos. La negativa china a participar en un posible G2 dio alas a la política de compromiso/contención. Las diferencias estratégicas y otros desacuerdos contaron, no obstante, con un acrecentado marco de diálogo multinivel que ganó consistencia a lo largo del periodo. El incremento de la presencia estadounidense en Asia era objeto de tensión pero esta discurría por cauces manejables.

Cabe señalar que la relación entre EEUU y China es de las más importantes en las relaciones internacionales (Kissinger, 2012). Tras la visita de Richard Nixon a China en 1972 se abrió una nueva etapa en las relaciones bilaterales que llega hasta hoy, una era de entendimiento y cooperación. El Comunicado de Shanghái explicitó las bases del acuerdo que permitió a China regresar a la ONU y, años más tarde, a acelerar su desarrollo económico y social con el apoyo de EEUU. En el transcurso de apenas dos generaciones, China a punto está de igualarse con EEUU y el entendimiento de otrora se ha ido transformando poco a poco en una rivalidad mal disimulada.

China y EEUU son la segunda y primera economía del mundo. EEUU es hoy el mayor importador y la principal fuente de inversión extranjera de China. Al mismo tiempo, las exportaciones de EEUU a China han crecido a una tasa anual media del 11 por ciento durante la última década, en la que China se ha convertido en el mayor comprador de aviones, productos agrícolas, vehículos y circuitos integrados de EEUU. Esta pujanza ha ayudado a que el volumen del comercio bilateral superase los 500.000 millones de dólares en 2016, muy por encima de los apenas 1.000 millones que se registraban en los años setenta.

Las economías de EEUU y China están inextricablemente entrelazadas. La Inversión Extranjera Directa (IED) entre EEUU y China no dejó de aumentar en las últimas dos décadas. En 2015, más de 1.300 empresas estadounidenses tenían inversiones por valor de 228.000 millones de dólares en China, mientras que las compañías chinas invirtieron 64.000 millones de dólares en EEUU frente a casi cero de apenas diez años antes, manteniendo activos por valor de 153.000 millones de dólares. Cada día, 1.600 millones de dólares en productos y servicios fluyen entre los dos países. Por otra parte, hasta tres millones de turistas continentales visitaron EEUU en 2016 y más de 300.000 estudiantes chinos estudian en sus universidades. Hay un vuelo entre China y EEUU cada 15 minutos...

Partiendo de la innegable trascendencia de estas magnitudes, los primeros pasos de la Administración Trump sugieren que la relación sinoamericana deja definitivamente atrás la balsa de aceite en que transcurría en los años noventa y se adentra en un espacio de mayor inquietud (Weisbrode, 2011). En EEUU se dibujan dos actitudes principales: una apuesta por persistir en el binomio cooperación-contención, otra apunta al diseño de estrategias de mayor alcance que eviten la progresión global de la influencia china.

¿Es factible una guerra comercial?

Nada más asumir el cargo el 20 de enero, Donald Trump lanzó amenazas proteccionistas contra China. No faltó entonces quien apuntara la posibilidad de una guerra comercial. La hipótesis, no obstante, poco verosímil. Es más, EEUU podría salir como principal perdedor de ella. Si China deja de comprar aviones o se deshace de los títulos del Tesoro y otros activos financieros en su poder, si las empresas chinas reducen su demanda de bienes estadounidenses, la primera potencia económica del mundo podría experimentar serios aprietos.

Trump acusó a China de manipular su moneda, pero cabe reconocer incluso que una moneda china sobrevalorada realmente beneficia a las multinacionales que exportan desde China a EEUU y los mercados globales. Además, muchos países intervienen para gestionar sus tipos de cambio. Lo han hecho con asiduidad Japón o Suiza y podría hacerlo el propio EEUU más pronto que tarde si con ello mejora la competitividad de sus exportaciones.

En su primer discurso ante el Congreso, Trump sostuvo que EEUU perdió 60.000 fábricas desde que China se unió a la OMC en 2001. La deslocalización, no obstante, es un fenómeno global. La propia China tiene ahora que lidiar con este problema ya que está perdiendo empleos de forma acelerada en la manufactura y no solo ante regiones de menores costes como el sudeste de Asia sino también ante economías de nivel superior. De hecho, uno de los temas económicos más candentes en China es la pérdida de empleos ante EEUU. De acuerdo con un informe del Consejo Empresarial EEUU-China citado por el Ministerio de Exteriores chino, el comercio y la inversión entre EEUU y China crearon en 2015 en torno a 2,6 millones de empleos estadounidenses.

China se apuró a recordar a Trump que es uno de los principales proveedores de empleo de EEUU. Si decide comprar aviones a Airbus en vez de a Boeing, unos 180.000 empleos estarían en peligro. Un diez por ciento del empleo podría perder en los estados productores de soja si suspende las importaciones de este producto. El multimillonario chino Wang Jianlin, cuyo Dalian Wanda Group adquirió recientemente la cadena cinematográfica AMC, advirtió a Trump que retiraría 10.000 millones de dólares en inversiones en la industria cinematográfica e inmobiliaria en EEUU, afectando a unos 20.000 empleos.

La boyante clase media constituye un atractivo adicional que China intenta poner en valor en su vínculo con EEUU. Según estimaciones del Consejo Empresarial EEUU-China, Washington podría exportar 525.000 millones de dólares a China en 2030 y la proporción total de exportaciones estadounidenses pasaría del 7,3 al 10 por ciento.

La boyante clase media constituye un atractivo adicional que China intenta poner en valor en su vínculo con EEUU

Según este informe, la relación bilateral genera 2,6 millones de empleos en EEUU en diferentes industrias, incluyendo el empleo creado por empresas chinas implantadas en EEUU.

EEUU tiene el déficit comercial más grande del mundo con China, estimado en 2015 en 367 mil millones de dólares. Trump cree que esta situación se generó de forma injusta debido a la moneda infravalorada de China. Como alternativa para corregir este desequilibrio, amenaza con imponer derechos de importación.

Sin embargo, la introducción de impuestos fronterizos para las importaciones ha sido fuertemente criticada desde todos los ámbitos. También por China, advirtiendo que serán los consumidores estadounidenses quienes se verán forzados a apretarse el cinturón por el aumento de los precios, lo que implicará una reducción de sus estándares de vida, ya mermados por la crisis financiera de 2008 y la intensificación de las desigualdades derivada del modelo de globalización. El impuesto fronterizo impulsaría a China –y otras economías- a buscar acuerdos de libre comercio con el propósito de compensar cualquier ventaja competitiva de los exportadores estadounidenses.

En cuanto al proteccionismo, China viene reiterando sistemáticamente su oposición. Siendo el mayor exportador del mundo, sus empresas serían las más afectadas por el aumento de las medidas de este cariz. Los exportadores chinos fueron sometidos en 2016 a la cifra récord de 119 investigaciones de defensa comercial impulsadas por 27 países y regiones, un incremento del 36,8 por ciento en relación a 2015. Los casos afectarían a bienes por valor de 14.340 millones de dólares, representando un incremento interanual del 76 por ciento. El peso de estas medidas de defensa comercial influyó en que las exportaciones de China bajasen un 2 por ciento en términos de yuanes en 2016, y que el superávit comercial descendiese un 9,1 por ciento, según indican fuentes aduaneras del ministerio de Comercio.

Pero la retórica y amenazas contra China de Trump apuntan a crear una atmosfera que permita una más eficaz presión para que haga mayores concesiones a los intereses de EEUU y no tanto anticipan una guerra comercial. Una fuerte caída de las exportaciones chinas a EEUU podría afectar al empleo en China en una escala preocupante, generando inestabilidad social. El hecho de que el PCCh celebre este año el XIX congreso aventura escasas posibilidades de amilanamiento de las autoridades chinas ante las invectivas de Washington. De no encarilarse la comunicación y la coordinación, podemos asistir a escenarios poco deseables. A ambas partes les interesa el acuerdo.

Esta atmosfera influiría en la decisión del gigante estadounidense de producción de *hardware* para ordenadores Seagate Technology de

cerrar una fábrica en China, donde cuenta con dos plantas de ensamblaje, que otros relacionaron con decisiones empresariales normales. La mayoría de las empresas en EEUU siguen contemplando a China como su mercado prioritario y esperan que se alcance un tratado de inversión bilateral que aborde las inquietudes de las comunidades empresariales de los dos países.

Por último, cabe recordar que China es uno de los mayores tenedores extranjeros de deuda de EEUU, con Japón. China posee más de 1.24 billones en letras, pagarés y bonos, o alrededor del 30 por ciento de los más de 4 billones de bonos del Tesoro. En total, China posee en torno al 10 por ciento de la deuda pública estadounidense. El gobierno chino reinvierte la mayor parte de su superávit en bonos del Tesoro.

Por la importancia de sus economías, China y EEUU tienen una amplia responsabilidad global, sobre todo en un contexto como el actual de gran incertidumbre económica y geopolítica. Paradójicamente, quien parece desplegar mayor sensatez no es Washington sino Beijing. De hecho, el discurso ofrecido por el presidente Xi en Davos nos mostró un líder comprometido con una globalización inclusiva y en contra del proteccionismo comercial, con el desarrollo sostenible y en defensa del Acuerdo de París contra el cambio climático. Tanto fue así que el propio Klaus Schwab, presidente del World Economic Forum Annual, no dudó en afirmar que China asumía un rol dirigente de la economía global.

China posee en torno al 10% de la deuda pública estadounidense

El frente de la seguridad

Las relaciones entre EEUU y China se han complicado en los últimos años a medida que la segunda intensificaba su actividad en el Mar de China meridional donde construye infraestructuras en islas artificiales y reclama derechos territoriales que otros países le niegan (Valencia, 2010). EEUU respondió con numerosas operaciones de “libertad de navegación” enviando a sus buques y aviones a zonas que considera aguas internacionales a fin de mostrar su no reconocimiento de la “soberanía unilateral” que China intenta imponer sobre esta zona, al igual que hicieron países aliados como Japón o Australia.

Para calmar las aguas, China frenó recientemente este proceso y, en paralelo, también EEUU cesó en sus operaciones pero en un momento propicio la tensión volverá. El secretario de Estado Tillerson en su audiencia de confirmación ante el Senado declaró que EEUU podría privar de alguna forma a China del acceso a las islas artificiales que está construyendo. La única manera de hacerlo es recurriendo a la

fuerza naval o aérea. El expansionismo de China en la región, dijo, era similar a la toma de Crimea por parte de Rusia. Sin embargo, pronto rebajó el tono de estas declaraciones. Ahora se trataría de estar en disposición de restringir el acceso de China a la zona del Mar de China meridional en caso de una contingencia.

En el Mar de China meridional, Beijing instaló sistemas antiaéreos en Gaven, Hughes, Johnson, Cuarteron, Fiery Cross, Subi y Mischief. Ahora estaría completando estructuras destinadas a albergar misiles tierra-aire en algunas de ellas. Taiwán, Brunei, Malasia, Filipinas y Vietnam han impugnado las reclamaciones de Beijing ante las posiciones cada vez más firmes de sus ambiciones en los mares contiguos y los riesgos derivados de la militarización de estos enclaves.

Aunque Filipinas obtuvo de la Comisión Permanente de Arbitraje de La Haya un dictamen contrario a los intereses de China, el presidente Duterte dio un giro de 180 grados a la política de confrontación apostando ahora por el diálogo con Beijing. Pero esto no lo arregla todo. Filipinas, que ostenta la presidencia de turno de la ASEAN, secundó las reservas de este bloque respecto a las acciones de militarización de los islotes, lo cual no gustó a China, posponiendo la visita al país de su ministro de Comercio y reclamando la vigencia del consenso alcanzado por Xi y Duterte. La formulación de un código de conducta en el curso del primer semestre del presente año constituye el principal activo para evitar una nueva deriva de las tensiones. En realidad se viene negociando desde 2002 y su conclusión exigirá importantes concesiones de todos los países involucrados en la disputa.

Otro desafío relevante lo constituye la península coreana con varios subfrentes abiertos e interrelacionados. En cuanto a Corea del Norte, conviene recordar que se trata de una zona tampón de alto valor estratégico para China. Beijing sigue defendiendo la negociación y el abandono de la política de sanciones pues considera que solo conduce a un agravamiento de las tensiones. El 18 de febrero, el Ministerio de Comercio de China anunció la suspensión de las compras de carbón a Corea del Norte durante todo el año 2017. Se trata de un golpe importante para Pyongyang ya que el 90% de su comercio exterior se realiza con China y el 40% consiste precisamente en compras de carbón. La resolución 2270 adoptada por unanimidad en el Consejo de Seguridad de la ONU en marzo de 2016 limitaba las exportaciones anuales norcoreanas de carbón a 7,5 millones de toneladas, con una reducción del 62% en relación a 2015.

El anuncio se interpretó como una nueva advertencia a Pyongyang después de los test nucleares y balísticos de 2016 y tras el asesinato en Malasia del hermano de Kim Jong-un, Kim Jong-nam. También como una señal de buena voluntad a Washington a fin de demostrar

China moderniza sus Fuerzas Armadas a elevado ritmo, aunque sus capacidades siguen siendo modestas en comparación con EEUU

sinceridad en cuanto al alineamiento con la posición de la comunidad internacional, correspondiendo así al replanteamiento por parte de EEUU de la cuestión taiwanesa. Beijing esperaría reciprocidad en cuanto al relanzamiento de las negociaciones a propósito de la desnuclearización de la península coreana pero este no parece incluir en la agenda de la Casa Blanca, que prioriza el desarrollo del proyecto THAAD (Terminal High Altitude Area Defense).

Aunque China ha adoptado esta medida y multiplica las advertencias en relación a Pyongyang, no irá tan lejos como para poner en peligro la pervivencia del régimen norcoreano. La estabilidad pasa por dar prioridad a la negociación. Por otra parte, el asesinato de Kim Jongnam vino a demostrar el carácter incontrolable del régimen y su disposición a hacer lo imposible por protegerse. Un enrocamiento de Pyongyang haría más difícil a Beijing convencer a la comunidad internacional de que su vía pacífica es la mejor garantía para resolver el problema.

El otro subfrente es Corea del Sur, donde EEUU inició la instalación del sistema de defensa antimisiles THAAD, un paso que China asocia con la pretensión de construir una versión asiática de la OTAN. Los radares instalados en Corea podrán detectar hasta 2.000 km muy al interior de los territorios chino y ruso, permitiendo a EEUU monitorizar de forma conveniente los vuelos y lanzamientos de misiles de ambos países. El sistema no podría interceptar los misiles de Corea del Norte que vuelen a una baja altitud. China considera que daña sus intereses de seguridad y rompe el equilibrio estratégico de la región. Los misiles de largo alcance a instalar, supuestamente dirigidos contra Pyongyang, pueden también dirigirse contra China y Rusia con quien Trump coquetea quizá con el objetivo de abrir una brecha en la asociación sino-rusa. Tanto Beijing como Moscú anunciaron contramedidas una vez que el sistema esté instalado. China acusa a Seúl de haberse convertido en una marioneta de EEUU. El triángulo se completa con Tokio y apunta a un claro reforzamiento de la cooperación militar.

En el Libro Blanco de Políticas de Cooperación para la Seguridad en Asia-Pacífico, dado a conocer el 11 de enero, China reafirma su voluntad de cooperar con EEUU para mantener la estabilidad en la región. El libro se centra en la cuestión estratégica más amplia de cómo garantizar la seguridad en la zona. Se trata del primer documento de política oficial que proporciona a China la visión de su papel de liderazgo en Asia. Lo que a él subyace son los esfuerzos de Beijing para establecerse como la potencia dominante desalojando la influencia estadounidense utilizando para ello como principal instrumento la fortaleza económica del país.

El ideal de la “comunidad de destino común” expresa la idea de que el liderazgo económico y el de seguridad deben reforzarse mutuamente, eludiendo la realidad actual en que los países de la zona dependen para una cosa de China y para otra de EEUU. El libro sostiene que las normas regionales (e internacionales) deben ser discutidas, formuladas y observadas por todos los países interesados, en lugar de ser dictadas por un país en particular. En él China se muestra reticente al establecimiento de alianzas, instando a vertebrar asociaciones, entendidas como categorías flexibles de relaciones bilaterales o multilaterales que se caracterizan principalmente por la cooperación para lograr objetivos mutuamente rentables y beneficiosos. La asociación es sinónimo de igualdad e inclusión y no está dirigida contra terceros. China aboga por las instituciones y mecanismos en los que desempeña un papel de liderazgo, en lugar de aquellos que dependen de las alianzas e iniciativas estadounidenses.

Unos días antes, el 9 de enero, la Armada de EEUU anunciaba una nueva estrategia orientada a fortalecer el poder naval para mantener su control de los océanos del mundo en respuesta al desafío planteado por China y Rusia. El número de navíos pasará de 274 a 350. Trump prometió “una de las mayores expansiones militares en la historia estadounidense”, modernizando de forma sustancial las Fuerzas Armadas. Su estrategia en jefe, Stephen Bannon, vaticinó una guerra con China en los próximos 5-10 años en el Mar de China meridional. Para Bannon el “eje del mal” está constituido por Irán, el Islam y China. La Casa Blanca anunció la elevación del gasto militar en un 10 por ciento, el equivalente a unos 54.000 millones de dólares. EEUU seguirá aumentando su poder militar en la región.

A modo de respuesta, China anunció en marzo de 2017 una elevación de su presupuesto de defensa en torno al 7 por ciento con el mensaje añadido de rehuir la participación en una hipotética carrera de armamentos en la región. Se trata del menor aumento en más de una década y la segunda ocasión en que el ritmo de crecimiento se ralentiza a un solo dígito desde 2010. En 2009, el incremento fue cercano al 15 por ciento. Pero con una observación añadida importante: “los gastos dependerán de las acciones de EEUU en la región”.

A medida que busca una influencia militar proporcional a su poder económico, China también moderniza sus Fuerzas Armadas a elevado ritmo, aunque sus capacidades siguen siendo modestas en comparación con EEUU. Recientemente trascendió que está en fase de pruebas la última versión de su caza furtivo de quinta generación, parte de una estrategia para poner fin al monopolio de Occidente en los aviones de combate más avanzados del mundo. En enero testaba el misil DF 5C de cabezas múltiples en un esfuerzo por aumentar su

arsenal nuclear estratégico ante la eventualidad de un conflicto con EEUU. Próximamente, China podría desplegar el Shandong, su segundo portaaviones.

No menor es la trascendencia de la instalación de la marina china en Djibouti a las puertas de la única base estadounidense en África. China posee aquí 36 hectáreas frente a las 230 de la base norteamericana con acceso a un puerto comercial y entre dos y tres mil efectivos. La justificación de esta presencia en el exterior de China, la única en su género por el momento, se relaciona con la lucha contra la piratería y la protección de los hidrocarburos que transitan por la zona y que representan el 50 por ciento de las importaciones chinas. También sirve de base de retaguardia de las tropas chinas estacionadas en Sudán bajo el paraguas de la ONU y la gestión de evacuaciones en caso de conflicto o catástrofe. Para EEUU, la base de Djibouti simboliza el aumento de las capacidades globales de China y sus ambiciones y ejemplifica un *tête a tête* en un escenario clave para sus intereses de seguridad en África y Oriente Medio.

Para EEUU, la base de Djibouti simboliza el aumento de las capacidades globales de China y sus ambiciones

El problema de Taiwán

La aceptación por parte de Trump de una llamada telefónica de la presidenta Tsai Ing-wen para felicitarle por su victoria electoral, enojó a China al romper décadas de precedentes diplomáticos de no contactos oficiales. Además, Trump subió la apuesta al señalar que usaría la política de “una sola China” como herramienta de negociación comercial.

Beijing advirtió que respondería con dureza si Trump continuaba provocando con este tema. Diversos medios continentales advirtieron de la segura adopción de contramedidas, incluyendo la “aceleración de la reunificación y el combate sin piedad” de quienes abogan por la independencia. La portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores, Hua Chunying, recordó que este principio es condición previa y base política para cualquier país que tenga relaciones con China. Tras la conversación telefónica de inicios de febrero entre Trump y Xi las tensiones se moderaron un poco.

Para el diario chino *Global Times* las afirmaciones de Trump responden a una estratagema para promover los intereses a corto plazo de su administración, no descartando que Taiwán sea “sacrificado” si ello conviene a sus objetivos. Contrariamente, Michael Green, vicepresidente sénior del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales para Asia y Japón, opina que Trump no tratará a Taiwán como una moneda de cambio con el presidente Xi. Green recordó en una entre-

vista al *Liberty Times* que tanto Reagan como Bush efectuaron ajustes en las políticas a través del Estrecho manteniendo al mismo tiempo un fuerte apoyo a Taiwán y relaciones amistosas con China.

Por su parte, Dan Blumenthal, responsable de estudios asiáticos del American Enterprise Institute, aseguró que Trump está bien informado de este problema y que en los últimos años China logró que EEUU se acercara a su posición. Es mucho lo que se puede hacer sin romper con la condición de no reconocer a Taiwán como Estado, apuntó.

Pero en Taipéi también se teme el efecto de su lema “América first” y el proteccionismo anunciado en el rendimiento, por ejemplo, de las exportaciones o su apuesta por la energía fósil en la política de energía verde de Taiwán o el abandono del TPP que obligará a encontrar cuanto antes una nueva posición económica.

Las reacciones de Beijing han afectado a otros ámbitos. Varios think tanks continentales relacionados con el problema de Taiwán fueron objeto de cambios. Así, Yang Mingjie fue nombrado director del Instituto de Estudios de Taiwán en la CASS, y Dai Bingguo, presidente de la Sociedad Nacional de Estudios de Taiwán. Los nuevos nombramientos se relacionan con el empeño de Beijing de impulsar sus esfuerzos hacia Washington para tratar sus relaciones con Taiwán. Se anuncian cambios también en el pensamiento estratégico continental en relación al Estrecho. El responsable de la Oficina de Asuntos de Taiwán del Consejo de Estado, Zhang Zhijun, advirtió de complicaciones serias en el futuro inmediato.

Algunos síntomas pueden ser indicativos del sello que la nueva administración pretende imprimir en esta materia. Por ejemplo, con la excusa del traslado de la oficina del Instituto Americano de Taiwán (AIT, siglas en inglés) de su ubicación actual en el distrito de Daan a Neihu en Taipéi, este podría contar con un destacamento de marines para proteger la misión, al igual que ocurre habitualmente con cualquier embajada estadounidense. Hasta ahora no ha habido infantes de marina en la oficina de la AIT porque EEUU no mantiene relaciones oficiales con la República de China. De ser el caso, indicaría un compromiso más profundo con Taiwán. Se ignora por el momento si los marines portarían uniforme militar. Ha habido agregados militares en la oficina de Taipéi desde 2005, pero sin uniformes y con perfil bajo.

Según declaró la Casa Blanca, Trump estuvo de acuerdo, a petición del presidente Xi, en suscribir la política de “una China”. Hay quien señala que esto lo ha cambiado todo, representando una gran concesión que pone coto a las diferencias. Otros sin embargo destacan que la política de una China no es lo mismo que el principio de una China. Según esto, EEUU reconoce que la República Popular China representa

a China pero no acepta la soberanía china sobre Taiwán y, por supuesto, se opone al uso de la fuerza para anexionar la isla o alterar el statu quo vigente.

En la conversación telefónica Trump-Xi, según *Financial Times*, el presidente estadounidense también dijo que observaría la fórmula diplomática que Beijing y Taipéi acordaron en 1992, lo cual se entiende como una referencia al llamado consenso de 1992 (una China, dos interpretaciones), lo que supondría un golpe para Tsai y una novedad en EEUU ya que nunca antes se había pronunciado sobre él.

Muchos taiwaneses abrigan esperanzas de una nueva era en las relaciones con EEUU pero con temor a ser moneda de cambio. Pero China no puede dar por bueno un cuestionamiento público de su proyecto de reunificación de Taiwán con el continente. Cabe esperar por ello que a pesar de lo dicho, Beijing permanecerá desconfiado y a la expectativa.

Impactos en terceros

Las incógnitas que rodean la presidencia Trump afectan también a los aliados de EEUU en Asia-Pacífico, en su mayoría desconcertados y a la expectativa de cómo pueden evolucionar las relaciones con China.

Los países de ASEAN, por ejemplo, confiaban en la línea trazada por el TPP. El anuncio de retirada de EEUU deja el proyecto en el limbo. Al parecer, Trump pretende renegociar los acuerdos comerciales de EEUU. El vacío creado puede facilitar el avance de las propuestas chinas, especialmente la RCEP (Asociación Económica Integral Regional), y la práctica totalidad de los países de la zona se muestran del lado chino en defensa de la mundialización. Ese mayor protagonismo económico chino tendrá repercusión en el orden de la seguridad.

El TPP agrupaba a 12 países incluyendo a Vietnam y Japón pero excluyendo a China. EEUU promovía la imposición de una normativa jurídica supranacional que ofrecía importantes ventajas a sus multinacionales en una estrategia abiertamente opuesta a los intereses chinos. Beijing rechazaba ese conjunto de normas (en materia de transparencia, reciprocidad comercial, respeto de las reglas de mercado o derecho de propiedad) porque afectaban a la viabilidad de su modelo soliviantando su legitimidad política. La desaparición del TPP, creado en realidad para contener a China, deja vía libre por el momento a la expansión de los proyectos chinos en la zona.

China no puede dar por bueno un cuestionamiento público de su proyecto de reunificación de Taiwán con el continente

La retirada del TPP permitirá a China dominar las principales regiones y rutas comerciales del mundo a través de acuerdos con otros países y puede convertirla en la potencia dominante en el continente euroasiático. Tanto es así que algunos vaticinan una resurrección, al menos parcial del TPP a corto plazo aun a costa de reescribirlo. El 7 de febrero, Wang Yi pedía acelerar las conversaciones sobre la RCEP para la construcción de un Área de Libre Comercio de Asia-Pacífico. La idea fuerza es que la cooperación regional debe tomar en consideración las necesidades del desarrollo económico en lugar de los factores políticos. Complementariamente, a través de la revitalización de las rutas de la Seda, China promueve la integración económica de la región con proyectos comerciales y la construcción de infraestructuras de transporte y energía (Casarini, 2016).

Otro ejemplo es Australia, que en el último siglo se ha mantenido fiel a EEUU y es parte fundamental del ANZUS (con Nueva Zelanda), una alianza que debía compensar la autonomía militar concedida a Japón. Australia acoge importantes dispositivos de uso militar y alberga tropas estadounidenses. Canberra ha apostado por la alianza con EEUU para responder a la potencial amenaza que representa China en la región. Pero China es su mayor socio comercial, de forma que las exportaciones de productos básicos a China constituyen un pilar básico de su economía. Australia, por tanto, se ve en la necesidad de gestionar un delicado equilibrio entre sus lazos de seguridad con EEUU y sus relaciones comerciales con China. Se trata de un dilema muy común en numerosos países de la región.

La forma en que Trump cortó la conversación telefónica con el primer ministro australiano Malcom Turnbull, al negarse el primero a cumplir el acuerdo firmado con Obama para asumir un determinado número de refugiados, fue interpretada en Canberra como un desaire. Este hecho alimenta el presentimiento de que Canberra podría no tener más opción que desarrollar relaciones más estrechas con China. De hecho, en su última visita a Australia, el ministro de exteriores chino Wang Yi no vio mayor problema en ser un socio estratégico integral para China al tiempo que un aliado de EEUU. Wang Yi criticó la ANZUS calificándola de reliquia de la guerra fría. Hasta 1,2 millones de turistas chinos visitaron Australia en 2016. Canberra sugirió la inclusión de China en el TPP poniendo fin al ostracismo promovido por Obama.

Pero podríamos referirnos igualmente a la UE. Aunque Mike Pence ratificó en Múnich que EEUU es el mayor partidario del bloque y que su país avanza codo con codo con la UE, bajando el tono crítico de Trump en relación a Europa, lo cierto es que nadie se lo acaba de creer. Las relaciones entre EEUU y la UE están presididas por una gran interrogante. China podría aprovechar esta situación para reforzar los

*China y EEUU
necesitan
cooperar para
abordar los
grandes desafíos
globales. "The
world, first"*

vínculos con la UE. En 2016 ya superó a EEUU como el socio comercial más importante de Alemania, aunque este sigue siendo el destino principal de sus exportaciones. Las tensiones bilaterales pueden operar un giro hacia Asia en torno a la Franja y la Ruta y el Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras. Los trenes de mercancías que conectan a China con Europa realizaron en 2016 el doble de viajes que en 2015. El intercambio comercial aumentó un 3% en relación a 2015 hasta superar los 525.000 millones de dólares. La conexión vía PECO (Países de Europa Central y Oriental) cuenta con directrices y expectativas sólidas.

Y podríamos citar incluso a América Latina en virtud de la agenda negativa que Trump promueve en la región aspirando a llenar también aquí el vacío cuando no el incomodo derivado de las diatribas del presidente estadounidense. Recuérdese que poco después de las elecciones en EEUU, Xi visitó Ecuador, Perú y Chile en su tercera gira por la zona desde que asumió en 2012. En tres años visitó 10 países latinoamericanos (Obama, 11 en ocho años). El comercio con la región avanza a buen ritmo y afianza las relaciones de todo tipo con las principales economías de la zona. China representa una oportunidad de oro, piensan muchos. Ya es el principal prestamista de América Latina-Caribe. Mientras Trump anunciaba planes para traer de vuelta a las empresas estadounidenses instaladas en México o las instaba a cancelar inversiones, la automovilística china JAC anunciaba su intención de instalar una fábrica en el estado mejicano de Hidalgo con una inversión de 212 millones de dólares.

Conclusión

En el plano ideológico, China puede respirar bastante tranquila. La democracia liberal atraviesa momentos agitados, asediada por populismos y el auge del derechismo por doquier. Por otra parte, quien defiende el uso de la tortura difícilmente logrará traducir un mensaje creíble en materia de derechos humanos.

En el frente económico, la interdependencia mutua amortigua su rivalidad geopolítica e ideológica pero la invectiva desglobalizadora supone una preocupación añadida para China, el mayor exportador mundial por volumen y posiblemente el mayor beneficiario de la globalización. Esta dinámica podría afectar a su ritmo de crecimiento. Si Trump cumple con la amenaza de romper acuerdos comerciales e imponer unilateralmente aranceles punitivos, el sistema mundial de comercio puede colapsar y esto afectará a China. Por otra parte, el final de los grandes acuerdos comerciales promovidos desde Occidente, abre oportunidades para el gigante asiático.

En el frente de la seguridad, los riesgos son altos. De una parte, el incremento de las capacidades militares de todo tipo tiene un objetivo explícito, China. El giro de Trump hacia Rusia, nada fácil por otra parte, aumenta en Beijing la preocupación de que se está preparando para la eventualidad de una contienda.

Cuesta imaginar que EEUU, la primera potencia marítima global, acepte de buenas a primeras la hipotética prevalencia china en el Mar de China meridional, tan grande como el Mediterráneo. La Administración Trump puede proponerse revertir el *statu quo* en el Mar de China meridional y oriental. En el encuentro mantenido a mediados de febrero por Trump con el primer ministro nipón Shinzo Abe afirmaron que el tratado de seguridad cubre las islas Diaoyu/Senkaku, en el mar de China oriental. Tokio consiguió así el aval de EEUU a su reclamación en nombre del tratado que vincula a los dos países. China reclama estas islas como territorio soberano. Pero China será inflexible cuando se cuestione algunos de los substratos considerados esenciales, y todo cuanto tiene que ver con la unidad, la soberanía, etc., lo es.

Una aproximación comparativa al poder chino con el de EEUU, la potencia hegemónica, nos remite a una clara situación de asimetría (Oviedo, 2005). La expansión económica y política de China en los últimos años no permitió su eliminación aunque sí su mitigación. Ya hablemos de política exterior, capacidad militar, papel en la seguridad global, capacidades económicas, liderazgo y otros atributos del poder integral, China mantiene un perfil asociado al de una gran potencia pero no una superpotencia.

La dirección de Trump en materia de economía, seguridad nacional y diplomacia representa por tanto un desafío para China. Para algunos, Trump no da nada por sentado y podría hacer uso de un amplio margen para aplicar presión a China. En cualquier caso, Beijing le obligará a girar hacia Asia de forma sustancial, multiplicando las prioridades en relación a Tokio, Seúl y también Nueva Delhi. Si no lo hace, el desafío chino a sus intereses seguirá creciendo. Para China, la guerra con EEUU bajo Trump no es solo un eslogan sino una amenaza que puede convertirse en una realidad.

¿Evaluó correctamente Beijing a Trump? Al menos en la percepción de que prestaría poca atención a la geopolítica llegando a considerarlo un aislacionista, no. El proteccionismo y el ultranacionalismo de Trump tienen como vocación no debilitar su guardia ni dejar vacíos que China pueda llenar. ¿Vamos hacia relaciones antagónicas? ¿Habrá fricciones comerciales cada vez mayores? China confía en que el propio sistema político restrinja las invectivas de Trump. Sugiere prestar mayor atención a los gobiernos de los diferentes estados, más pro-

pensos a mantener estrechos lazos con China que a enfrascarse en conflictos políticos. Las multinacionales implantadas en el país tendrían también un efecto moderador. Por otra parte, el incremento constante de sus capacidades aportará un poder disuasorio nada desdeñable restringiendo el alcance de cualquier desesperado intento de mantener el orden internacional bajo la égida exclusiva de Occidente. En 2016 China fue responsable del 33,2 por ciento de la expansión económica del mundo manteniéndose como el mayor motor del crecimiento global, en comparación con el 0,53 por ciento de 2001.

La inestabilidad en las relaciones sinoestadounidenses podría atajarse estableciendo un diálogo temprano del que deben salir las normas orientadoras para la hoja de ruta. El primer año de cualquier Administración en EEUU suele ser desestabilizador en las relaciones bilaterales. Para China no es un fenómeno nuevo. Así ocurrió con Bill Clinton cuando en 1995 autorizó la "visita privada" del ex presidente taiwanés Lee Teng-hui a EEUU. Beijing entendió que el visado concedido violaba los tres comunicados conjuntos (1972, 1978 y 1981). El gobierno canceló varios viajes de altos funcionarios y retiró a su embajador en Washington suspendiéndose la visita prevista de Jiang Zemin a EEUU, que se llevaría a cabo dos años más tarde en 1997. La primera en 12 años. Al año siguiente, Bill Clinton visitaría China manteniéndose desde entonces cierta estabilidad a pesar de hechos tan graves como el bombardeo de las fuerzas de la OTAN en Belgrado (1999) que alcanzó la sede diplomática china.

China y EEUU necesitan cooperar para abordar los grandes desafíos globales. *The world, first.*

Referencias bibliográficas

Casarini, Nicola (2007), "Todos los caminos llevan a Beijing" en *Vanguardia Dossier* nº 40. Barcelona: Vanguardia Dossier.

Daniel Oviedo, Eduardo (2005), *China em expansión*. Córdoba (Argentina): Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.

Gernet, Jacques (2005), *El mundo chino*. Barcelona: Ed. Crítica.

Kissinger, Henry (2012), *China*. Barcelona: Debate.

Höllmann, Thomas O (2015), *La Ruta de la Seda*. Madrid: Alianza Editorial.

Ríos, Xulio (ed.) (2005), *Política Exterior de China*. Barcelona: Bellaterra.

Ríos, Xulio (2005), *Taiwán, el problema de China*. Madrid: Catarata.

Ríos, Xulio (2013), "Las crisis en los mares de China: implicaciones geopolíticas y en materia de seguridad" en *IEEE*, Nº 1. Madrid: Instituto Español de Estudios Estratégicos.

Ríos, Xulio (2016), *China Moderna*. Barcelona: Tibidabo ediciones.

Valencia, Mark J. (2010), "La sombra de la rivalidad China-EEUU se cierne sobre los conflictos marítimos" en *Anuario Asia-Pacífico*. Barcelona : Casa Asia, pp.77-83.

VVAA (2012). "Chine & États-Unis Des puissances en déclin? *Diplomatie n° 59*, Affaires stratégiques et relations internationales. París.

Weisbrode, Kenneth (2011), *China y Estados Unidos: ni socios ni rivales*. Barcelona. *Vanguardia Dossier* número 40.

